



Limiar

Hubo un tiempo en que me esforcé en ser dueño y señor de mi tiempo. En realidad, es algo que todos intentamos siempre, pero se cumple a medias cuando aceptamos el juego de las jornadas y los salarios, de las horas por los euros, del trabajo de vivir por el trabajo de estar vivo. En mi buhardilla de Lavapiés, expuesta a temperaturas extremas como la atmósfera de un planeta periférico, la vida sucedía circular, de la redacción a la tasca, de la noviecita al concierto. Sustener esta partida, medio luminosa, medio precaria, llevaba esfuerzos y apreturas. Eran los años inmediatos al desparrame del Airbnb, el Ryanair, los Globo y toda esa enfermedad “disruptiva” que carcome Madrid y el mundo entero. Entonces no pensaba en eso. Lo que quería era una vida más ligera de equipaje, habitar lo imprescindible. Buscaba la cosa mínima, vivir sin demasiada huella para refugiarme de los antojos del mundo y, sobre todo, fundirme con los bosques, ahora que casi no quedan bosques. Quería tener un cobijo para intentar entender las sensaciones de suficiencia que habrían tenido Thoreau en su cabaña de Concord o Han Shan en su Monte Frío.

Aquellos años en la ciudad fueron buenos y sabrosos. Sé convivir con el ruido y habito estos superorganismos sin fricción. Entiendo que la ciudad tiene sus ritmos propios, sus bufidos profundos, sus ajetreos deliciosos. Todo esto está muy bien. Pero cuando uno quiere habitar el silencio, el silencio real, debe escapar. Cualquiera en primero de budismo te dirá que el ruido está en ti, que lo realmente heroico es encontrar la quietud en medio del tumulto. Genial. Pero hablo aquí de silencio. De silencio mineral. De silencio opíparo. De soledad regalada, generosa, golosa. Para habitar el silencio no valen medias tintas. No sirve un pueblito, con vecinos chismosos cuyas voces trae el viento. No. Aquí sobran vecinos que encienden las desbrozadoras todo el año. Que quizá escuchen una música horrible. Vecinos a los que les gustan los petardos en las fiestas, los partidos los domingos, mandar audios de WhatsApp.

Compré la última tierra en el último camino del último pueblo serrano. En las costuras de Madrid, ya en la provincia de Ávila. La idea era construir una cabaña con mis propias manos. Mientras, viviría en una caravana sueca y sin permiso de circulación que compré de saldo a un chaval despistado y llevé hasta allí en el remolque de unos gitanos. Nunca llegué a construir la cabaña, pero tuve una experiencia de silencio muy reveladora en una hectárea de horizonte grande, con dos almendros fenomenales, mirando al sur, justo donde se cruzan las sierras de Gredos y el Guadarrama, fuera de las luces y los ruidos de los hombres. En aquella caravana de ocho metros cuadrados viví un año de dos primaveras. La casa más cercana estaba a siete kilómetros. Allí vi cómo el sol cambiaba

de ángulo en las montañas y entendí un par de cosas sobre el firmamento. Mis vecinos fueron los jabalíes, los zorros y los herrerillos. Apenas tenía una placa solar y recogía el agua de lluvia. Fue el año más feliz de mi vida. De vez en cuando recuerdo aquel silencio y aquel vivir con las estrellas y sé que hay una capa de la vida en la que todo funciona. Ahí trato de regresar cada vez que me descenetro, porque esto de vivir es un descentramiento constante y un continuo regreso a la inocencia, verdadera fuente de todo lo mejor. Creo que los años vienen para traernos a la edad de la tranquilidad y esta no es otra que ser tan mayor como uno decida ser, con la ventaja añadida de esa especie de sabiduría que aparece cuando los impulsos se amansan y las energías cambian. Es aquí cuando las horas se paladean de una forma nueva, cuando se presta otra atención a las cosas, o las cosas se dejan ver con una atención inesperada. Es cuando, de repente, los ojos sirven para ver y no solo para orientarse en este mundo de calores y olores, placeres y ansias que llamamos vida.

Hace poco que regresé a Galicia. Supongo que uno se va para volver y es precisamente ese el sentido de marcharse. Ahora vivo en una aldea despoblada en el interior despoblado de un país despoblado. Después de aquella caravana varada en las viñas, cómo no buscar un lugar donde la mejor gente es la no gente. Cuando conoces el mecanismo que esponja el espíritu y aplaca los nervios, sería una imbecilidad buscar otra cosa. Vine a esta aldea sin vecinos porque, aunque me gustan las personas, también me molesta su compañía. Encontré esta casa. O ella me encontró a mí, porque fue todo sencillo y rápido, como en los buenos amores. Está en la falda del monte

sagrado con grandes piedras que llevan siendo adoradas por los hombres desde hace milenios, el mismo en el que construyeron en la Edad del Hierro una cabaña sudatoria para rituales desconocidos, es un monte con un gran bosque ancestral de robles sobre el valle a orillas del río que baña los villorrios donde se mezcló el ADN que porto. Esta es una aldea sin aldeanos. Un despoblado sin la presencia inquisidora de la gente. Aquí las horas cobran un aroma nuevo, la luz se vuelve densa, la vida tiene otro enfoque. Supongo que son estos ingredientes preparativos los que ayudan al ojo a mirar distinto y a descubrir la presencia de una regadera o de un plato como la mejor de las compañías. No hace falta venir al campo para observar de otro modo, pero son este tiempo ancho y este silencio mineral los que ayudan a mirar distinto. En la intimidad de una vida silenciosa, lo útil nos habla mejor. Las cosas cotidianas, las del trajín en la cocina, las herramientas del huerto, la ropa con la que uno envejece, tienen esa misión de compañía servil, porque han sido hechas para hacer la vida fácil. Y es aquí donde nos hablan en un lenguaje más sencillo y más próximo. Son, además, cosas hermosas, porque todo lo útil es también hermoso.

¿Puede una cuchara ser mi amiga? Si uno la mira con el ojo afinado resuelve que ciertamente sí. Hay algunas cosas con las que nos cruzamos para largo. Ellas y nosotros lo sabemos. Cuanto más las usamos, más las amamos. En la vida hay que elegir bien a quién se le confían los afectos. Ya no por miedo a los desengaños, que vendrán (y está bien que vengan), sino porque hay afectos con recompensa que hacen los nuestros mejores. El amor recíproco es siempre un amor más grande. Este librito es un

conjunto de amores. Aquí están cien objetos a los que acompaño. Cien objetos a los que quiero de una manera profunda y transparente. Son objetos a los que doy compañía en el trocito de tiempo que me ha tocado vivir, en esta pequeña chispa que empieza apagarse después del fogonazo que la enciende. Los acompaño porque ellos, la mayoría, estaban antes que yo y seguirán estando cuando me vaya. Son herencias y serán herencias o mercancía de trapero, porque las vidas terminan en los cementerios y también en los rastrillos. Son objetos de la cocina y del taller, del armario y del jardín, de la bicicleta o el escritorio. Son las cosas útiles del vivir, las que nos hacen más humanos, las que nos ayudan. La mayoría son objetos humildes, sin lujos. Aliados hermosos en una época en la que todo se ha vuelto insoportablemente feo. Pequeñas presencias de cordura y un llamado a practicarla, porque cada objeto tiene una función y nos exige habitarlo completamente cuando lo empuñamos. Esto es un asunto importantísimo. En estas páginas están esa cuchara desaparejada de una de las vajillas de plata de la familia con la que he encontrado un amor nuevo, el cuchillo fabricado a mano que está conmigo en todas las casas y en todos los cortes, las gafas que también le gustaban a mis antiguas novias, hoy difuntas (todo buen desamor es también un fantasma) y con las que sigo viendo el mundo. Como conjunto, los objetos son los que hacen un hogar y como entes individuales pueden leerse de manera independiente, porque este es un libro sin instrucciones. A estos objetos llevo dedicando unas palabras cada domingo en *La Región*, el diario circular de mi ciudad circular. Es el periódico donde escribía mi tío Vicente y el que lee mi

madre cada mañana. Ella me ha guardado cada una de las páginas, porque siempre guarda todo lo que escribo. Pero el periódico no dura. Se gasta y ya casi se reutiliza. Ni se envuelve el pescado con él. Ahora los objetos se han hecho libro, este libro. A estos y muchos otros objetos seguiré acompañando desde mi silenciosa aldea despoblada, esta casa y esta aldea a quienes también acompaño, porque cualquier presencia es más importante que nosotros en esta cosa extraña del existir. Lo hermoso es observarlas con el ojo tierno y celebrar este encaje temporal nuestro, esta coincidencia en un mundo que avanza y se desencaja.

ESCOBA
DE ESPIGAS



Escoba de espigas

Antes de venir a esta casa, fui al cementerio a preguntarle a sus antiguos dueños si les parecía bien que yo la habitase. Imagino que dijeron que sí porque todo el proceso fue muy fácil, sin tensiones. Una vez dentro, encendí un incienso en su memoria y cambié de escoba. Dicen que hay que habitar la casa nueva estrenando escoba y tirar la vieja para dejar atrás lo malo. También me gusta pensar que así uno se presenta con humildad ante el edificio. Conviene avisarle de que los otros se han ido. Que la casa sepa que viene alguien nuevo a calentar estos muros. Y que ese alguien eres tú.

Mi nueva escoba es una escoba campesina. Es la ideal para barrer el suelo de piedra de la cocina, las cenizas de la estufa, las hojas de otoño que viajan con el viento y en las botas. Esta escoba es la madre de todas las escobas. La que le siguen pintando a las brujas, si acaso ha habido brujas. Tiene el mango de pino de plantación y sus fibras son espigas de cereal. Es una escoba kilómetro cero, que no ha viajado mucho para llegar hasta mí. Supongo que hablará mejor gallego que chino. La fabrica un taller

cepillero local para quienes se resisten a limpiar sus patios con escobas de polímeros de plástico. Esto es, con restos de dinosaurio y bosques del Pleistoceno que hacen este planeta invivible según los vamos desenterrando y devolviendo a la atmósfera.

Las espigas de mi escoba se van rompiendo poco a poco y cada vez es más bajita. Cuando apenas sea un mango, volveré a la tiendita de dos aldeas más allá y me llevaré otra. Barrer con ella te hace consciente de las dimensiones reales de tu casa (y, por tanto, de tus problemas). Es una pequeña meditación que no permiten esos cachivaches inquietantes que aspiran solos. Al empuñar la escoba uno amontona lo que no se quiere con toquecitos eficientes, como si contigo barriesen todas las manos que han barrido antes. Imagino que la casa sabe que soy yo el que la barre. Quizá los siguientes también la avisen estrenando una nueva escoba.